



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Di Meglio, Gabriel: *Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1516 hasta 1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Bárbara Caletti Garciadiego

UBA

barbara.caletti@gmail.com

Si quince años atrás la historia política se avisoraba como una de las vedettes de primera línea dentro de la historiografía argentina, hoy podría pensarse que ese lugar es disputado por la *historia popular*. Signo de esa vitalidad es la última publicación del promisorio historiador y uno de sus principales referentes, Gabriel Di Meglio. Especializado en la participación de la plebe porteña en las disputas políticas de las primeras décadas del siglo XIX, en esta oportunidad encara la difícil tarea de dar cuenta del devenir de los grupos subalternos en un período de más de tres siglos y a lo largo y ancho de un marco geográfico notablemente extenso.

Si la inclusión misma de las clases populares en la nueva colección temática de Sudamericana dirigida por José Carlos Chiaramonte es de por sí indicativa del florecimiento de este campo, más sugerente aún es que el proyecto original se viera completamente desbordado. Así lo que originalmente iba a ser una sola obra en coautoría, se convirtió en dos libros independientes y complementarios: en el primero, Di Meglio se dedica a la historia de los que menos tienen desde la conquista española hasta la consolidación del Estado Nacional en 1880;

mientras que en el segundo, también aquí reseñado, Ezequiel Adamovsky abarca el período siguiente hasta la actualidad.

De ágil lectura, sin citas al pie y con un estilo atractivo, esta obra está dirigida a un público amplio pero que comprende a la vez a los lectores universitarios. Se inscribe, por tanto, dentro de un conjunto de iniciativas editoriales recientes —y no tan recientes— que articulan las tareas de divulgación con rigurosidad científica y respaldo académico; camino de hecho ya recorrido en reiteradas ocasiones por el autor. Si esta intención cobra mayor visibilidad aquí se debe a la coyuntura de efervescencia que atraviesa el debate sobre las prácticas del quehacer profesional y a que, justamente, una de las banderas más agitada por los divulgadores es la falta de valoración de los sectores populares en la llamada historia oficial.¹

En este contexto, podría entenderse la *Historia de las Clases Populares en la Argentina* de Di Meglio como una respuesta a esas acusaciones, pues ofrece una puesta al día de las contribuciones académicas realizadas en los últimos años —entre ellas la propia del autor— orientadas al mundo popular. Concebida de tal modo, la obra tendría el mérito no menor de poner al alcance del público no especializado los resultados de recientes investigaciones, necesariamente fragmentarias y de poca difusión, e incluso algunas inéditas.

Pero el desafío que se propone el investigador supone un paso más allá que ofrecer un mapa de las investigaciones actuales sobre ese heterogéneo universo de esclavos, indios sometidos, blancos pobres, afrodescendientes libres, mestizos y grupos indígenas independientes. Si la *historia popular* tiene hoy una innegable vitalidad, es cierto también que constituye “una producción amplia, pero los cruces entre unos y otros han sido escasos” (p. 13). Y aunque no de modo expreso en el índice, Di Meglio apuesta por una vuelta del relato cronológico que le permita articular las diversas contribuciones historiográficas en un mismo hilo narrativo. Con ello, pretende justamente trascender las miradas parceladas sobre la realidad histórica característica de las recopilaciones tan en boga, pues al “proponer una lectura en conjunto y una línea interpretativa que no se desprende de esos textos —que tienen posiciones diversas— se convierte

1 Ver por ejemplo la entrevista a Pacho O'Donnell publicada en *Tiempo Argentino*, “Yo reivindico a los olvidados y tergiversados por la historia oficial”, 8/05/2012.

en algo diferente: una historia general de las clases populares en Argentina” (p. 17).

La proyección del mapa argentino actual exige, por otra parte, un esfuerzo por abarcar los espacios que hoy integran el territorio nacional, lidiando con la palpable disparidad existente en la historiografía. Esta impronta editorial lleva al autor a incluir sólo algunas experiencias significativas de lugares que finalmente no formaron parte del territorio nacional así como seguir el derrotero de las parcialidades indígenas que, al no ser sometidas por los españoles, “evitaron ser convertidos en parte de las clases populares del sistema colonial” (p. 79).

La primera parte del libro está destinada a los tres siglos coloniales en el Río de la Plata y se divide en cuatro capítulos. El primero de ellos, focalizado en el siglo XVI, desarrolla los efectos iniciales de la dominación colonial sobre la estratificación social y las formas de explotación prevalentes. Se elige la invasión española como punto de partida puesto que “la formación de una nueva sociedad, cuya estratificación, cuya desigualdad —diferente a la existente en el continente hasta entonces— es el origen de las clases populares de nuestro país” (p. 21). Si bien Di Meglio destaca una gran homogeneización hacia abajo entre los vencidos que reducía las diferencias intra e interétnicas, este primer momento de polarización entre dos grandes bloques sociales (blancos e indios) quedará atrás rápidamente. La rápida y amplia proliferación de mestizos, así como los sucesivos arribos de españoles (ya no incluidos en los repartos de encomiendas o mercedes de tierras) y de los primeros africanos esclavizados, dieron por tierra la pretensión española de instalar una estratificación social simple y bipolar.

En el capítulo 2, el autor evalúa el derrotero de los diversos grupos postergados desde comienzos del siglo XVII hasta la primera mitad del XVIII con especial atención en la diversidad de experiencias del mundo indígena. Apoyándose en numerosos estudios recientes, subraya las resistencias armadas (emblemática pero no exclusivamente la calchaquí), la conformación de pueblos de indios en el Tucumán, las reducciones misionales jesuíticas, la araucanización de los grupos indígenas independientes así como también la “lenta pero progresiva transformación de los miembros de las sociedades indígenas sometidas en campesinos individuales —es decir, sin comunidades— y en parte de la plebe de las pequeñas ciudades de la época” (p. 58). Di Meglio repara en que el poder de los caciques se vio reforzado en ocasiones por su rol de intermediarios

con los encomenderos y autoridades coloniales, por la apelación expresa de los padres jesuitas o por la propia dinámica de conflictividad que reafirmaba su ascendente. Aún cuando en algunos casos la brecha social con el resto de la comunidad indígena aumentó notablemente, el autor parece ubicar a las autoridades étnicas todavía dentro de los lindes de las clases populares, a diferencia de las noblezas indígenas de las zonas andinas.

Por otro lado, gracias a contribuciones clásicas y actuales, expone los rasgos primordiales de la esclavitud colonial. Pese al alto nivel de integración, las posibilidades de mejora de posición social y el derecho a litigar, al señalar las zonas de conflicto con los amos, el autor toma distancia de las miradas relativistas. Por último, advierte que el mestizaje —biológico y cultural— es una “marca distintiva” de la sociedad colonial y que era altamente situacional lo que se observa por ejemplo en los procesos de blanqueamiento. Frente a esta estratificación social mucho más compleja que la pretendida originalmente, en el siglo XVIII se asiste a un renovado intento de la Corona y las elites por reforzar la segregación racial a través de la instalación de un régimen de castas, que —aunque de aplicación muy variable— pretendía “fijar, inmovilizar, una sociedad a la que no sabía bien cómo controlar” (p. 104). A fines del siglo XVIII se presenciara un renovado intento en este sentido, esta vez en pos de una nueva simplificación binaria entre la ‘gente decente’ y la ‘plebe’ que incorporaba nuevos criterios de diferenciación dentro de una “sociedad pigmentocrática”, tales como riqueza, ocupación, relaciones sociales, antigüedad de residencia, niveles de educación y respetabilidad.

El tercer capítulo se aboca a analizar las principales formas de trabajo prevalecientes entre las clases populares. Si bien este apartado es el que más se distancia del relato cronológico, de todas maneras se emplaza en el contexto de las grandes transformaciones en la estructura económica ocurridas en el siglo XVIII. El trabajo es entendido por Di Meglio como una instancia fundamental pues “contribuyó a disolver identidades previas, al unir a grupos de diverso origen, y fue un camino de ingreso a la cultura española, un medio de mestizaje diferente al biológico” (p. 111). En base a los aportes de la historiografía rural rioplatense, el autor repasa las características del campesinado independiente y las distintas modalidades de trabajo dependiente dentro de las haciendas y estancias, para luego considerar los oficios y las condiciones laborales en la ciudad, sobre todo el caso porteño. A modo de cierre de este amplio recorrido, concluye que si bien es

imposible encasillar las formas laborales en los modelos propios del clásico debate de modo de producción, igualmente “la sociedad estaba cada vez más ligada al mercado y de una u otra manera se iba relacionando crecientemente a un sistema económico que iba mucho más allá de las fronteras virreinales” (p. 142).

En el cuarto y último capítulo de esta primera parte, Di Meglio vuelve sobre los factores que determinaban la subalternidad e incorpora otros elementos claves que estos grupos tan heterogéneos tenían en común. Partiendo de la premisa de que “la desigualdad tenía una definición situacional” (p. 145), se articulan variables materiales, sociales y culturales de las que se derivaba la respetabilidad o no de cada individuo. En ese sentido, advierte que los “pobres decentes” no pertenecían a las clases populares, por ejemplo. Luego se aboca a analizar algunas claves culturales que permiten comprender el universo popular, como la religiosidad, la concepción patriarcal de la sociedad y sus límites, el honor, y ciertos elementos que contribuían a la identidad colectiva, tales como el Cabildo, la fidelidad a la monarquía y el papel de la justicia.

En este marco, el autor vuelve a examinar la ofensiva diferenciadora de las elites borbónicas y la manera en que afectó a las clases populares. Siguiendo estudios recientes (e incluso investigaciones inéditas) el autor explora los distintos motines, levantamientos indígenas y rebeliones de esclavos —entre otras formas de expresión de tensión social— con la intención de deconstruir la falsa imagen de la colonia como un período pacífico, carente de conflictos armados. Por último, un breve repaso de la crítica coyuntura surgida tras las invasiones inglesas le permite escudriñar el rol desempeñado por las clases populares contribuyendo a dirimir la puja de poder, a la vez que anticipar el rol protagónico que tendrían desde el estallido revolucionario.

La segunda parte del libro cubre el período postindependiente hasta 1880 y acompaña más próximamente el relato cronológico, lo que se evidencia en los títulos de los tres largos capítulos que la componen. El capítulo 5 —el más extenso— abarca la década de las guerras de independencia, acaso el período más concurrido por la novel historia popular. Según el autor “la Revolución tuvo dos caras para las clases populares”: pues si “implicó una carga la de soportar una guerra y su mantenimiento, que recayó en los sectores más infelices de la sociedad”, por otro lado “Allí donde su participación fue significativa, las clases populares encontraron en la Revolución

una oportunidad para desafiar el orden existente” (p. 203). A partir de ello, y recuperando los aportes de la última década concentrados en la evaluación de las motivaciones de adhesión popular, el autor reconstruye con especial atención las experiencias porteña, oriental, salteña así como el caso particular de los esclavos, donde las disputas intraelite y, sobre todo, el conflicto bélico, propiciaron la movilización y politización de quienes ocupaban la base de la pirámide social. El argumento central del autor es que “La Revolución no fue algo que le ocurrió o afectó a las clases populares; por el contrario, su acción contribuyó, aun desde su posición subalterna, a delinear los contornos y alcances del proceso” (p. 262).

El capítulo siguiente recorre el tramo desde 1820 hasta mediados de siglo XIX, período que contrasta con el anterior porque los sectores postergados debieron defenderse de la ofensiva de las elites provinciales, para recomponer el orden tras la “tempestad revolucionaria”. Sin embargo, aún entonces, las clases populares “desde su lugar subordinado contribuyeron a delinear, a través de choques y negociaciones, la forma en que se fue construyendo otra realidad política, económica y social que reemplazó al sistema colonial y los legados de la Revolución” (p. 266). En el orden económico, esto se tradujo en una renovada presión sobre los vagos y malentretidos y la pretensión de reafirmar los derechos de propiedad; mas la permanencia de la pequeña producción, las posibilidades de evitar la proletarización aún existentes, la supervivencia de la costumbre, los altos salarios y el fracaso de los sistemas coactivos de trabajo corroboran que esta ofensiva no fue siempre del todo exitosa. Por otro lado, la continuidad de la guerra, la persistencia de las milicias como canal de participación, la ampliación de los derechos políticos en el marco de un orden representativo republicano y la emergencia de líderes caudillescos, le otorgaron la “perpetuación de una presencia popular en la política”. Tras considerar los casos de Quiroga, Aldao e Ibarra, Bustos, Heredia, López, Di Meglio plantea una distinción generacional de caudillos: a diferencia de sus predecesores, éstos tenían un alcance provincial, no montaron su poder sobre una radicalización política popular y no implicaron una democratización ni un atentado contra las jerarquías; mientras que una tercera generación se caracterizaría por un alcance territorial aún menor, que no superaba el marco local. De todos modos, el rasgo más relevante para pensar estos líderes es que “quien tuviera ambiciones políticas tenía que contar con ascendencia popular y para eso debía estar atento a los intereses populares” (p. 316).

Siguiendo a grandes rasgos el relato cronológico, Di Meglio sorprende al lector neófito al deconstruir ciertos lugares comunes referentes al vínculo entre el rosismo y los sectores populares. No obstante, una de sus preocupaciones cardinales es destacar la progresiva vinculación entre federalismo y mundo popular, que fue tiñendo a esta identidad política de un contenido clasista. El repaso, por último, de la situación de distintos grupos subalternos le sirve al autor como puntapié para relativizar la implantación del principio teórico de igualdad tras la revolución: si en la mayoría de los casos había quedado eliminada la desigualdad jurídica, la racial y social seguía pesando notablemente. En definitiva, la situación de las clases subalternas a mediados de siglo XIX presenta un panorama heterogéneo, donde conviven la invisibilización india y la disolución de algunos pueblos de indios junto al (breve) apogeo de algunos cacicazgos indígenas independientes.

El capítulo 7 examina las transformaciones sufridas por las clases populares en la segunda mitad del siglo XIX, marcada por la formación del Estado y la expansión de una economía capitalista. Di Meglio destaca que en este contexto, los sectores subalternos padecieron una reducción del margen de autonomía (aunque sobrevivieron formas de aparcería) y el consiguiente aumento de la proletarización, procesos acompañados por cuotas no menores de coacción estatal y de una ampliación de la brecha entre ricos y pobres. Estos procesos no impidieron igualmente que “en la nueva época que se abría varios pudieron prosperar en medio del gran crecimiento económico, pero lo harían en un marco de creciente desigualdad” (p. 371). Por otra parte, tras señalar algunos notables cambios demográficos y en la sociabilidad popular, el autor destaca el proceso de blanqueamiento e invisibilización de los negros —como antes buena parte de la población indígena— a la vez que disminuía su participación demográfica relativa.

El progresivo fortalecimiento de la capacidad represiva del Estado Nación —tras la pacificación interna del país y la Guerra del Paraguay— implicó, en primer lugar, la derrota y exterminio de aquellas grupos indígenas independientes que habían ofrecido resistencia hasta ese momento. En segundo lugar, tuvo enormes consecuencias para el resto de las clases populares pues “ya no se podía desafiar a la autoridad nacional por vía de las armas”, por lo que “la movilización popular perdió importancia en este plano” (p. 398). Sin embargo, el autor advierte que la sucesión de motines y montoneras derrotados no significó el fin de la participación política

popular, canalizada a partir de entonces por vía electoral y más tarde por las incipientes formas de organización sindical. Su punto de vista está inclinado igualmente por un tono de tintes pesimistas pues “el nuevo orden dejó menos espacio a la acción popular; ésta se mantuvo como elemento importante de la política, pero estuvo mucho más claramente subordinada y controlada que en la primera mitad del siglo” (p. 406). Este pesimismo no es derrota final: los atisbos que Di Meglio esboza sobre la etapa que comienza sugieren que la presencia popular seguirán marcando el pulso del país: “Contra lo que algún dandy podía soñar en 1880, la Argentina del futuro, volvería a mostrar su cara de desafío popular” (p. 441).

La *Historia de las Clases Populares en la Argentina* de Gabriel Di Meglio constituye un excelente primer acercamiento al derrotero de la población más postergada entre la colonia y fines del siglo XIX, que dejará plenamente satisfecho al lector curioso pero también al cientista social que busque una actualización en la materia. Al sistematizar los copiosos aportes hechos en los últimos años, pone en evidencia el notable desarrollo habido en la historia de los que no tienen voz. Desarrollo reciente, pues en un balance historiográfico del 2005 —tan sólo siete años atrás— el propio autor evaluaba la situación de un modo muy distinto. Aún cuando ya comenzaba a conformarse un corpus de producción relevante, los avances hechos hasta entonces todavía no habilitaban a hablar de un auténtico campo de historia popular.

Y es que durante muchos años la atención fue particularmente escasa, dado que “La percepción de los sectores subalternos como un elemento a tener en cuenta en el desenvolvimiento histórico de la sociedad que más tarde se convirtió en Argentina se perdió [...] con la profesionalización de la disciplina”.² Esa situación llamó la atención también de Raúl Fradkin, quien destacó recientemente que “la llamada ‘historia desde abajo’ pese a haber tenido una recepción temprana en nuestro país, tuvo en nuestra historiografía una influencia tardía y limitada”.³ La primera constatación que surge al releer aquel balance es justamente la existencia

2 Di Meglio, Gabriel: “La historia popular de la Argentina del siglo XIX”, en *Nuevo Topo. Revista de Historia y pensamiento crítico*, No. 1, Buenos Aires, 2005, pp. 56 y 57.

3 Fradkin, Raúl: “¿Y el pueblo dónde está? La dificultosa tarea de construir una historia popular de la revolución rioplatense”, en Fradkin, Raúl (ed.): *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de*

de este nuevo campo historiográfico, y uno de los mayores méritos, entonces, de esta flamante obra es hacerla evidente.

En aquella ocasión, Di Meglio proponía una suerte de agenda de investigación que permite valorar los progresos realizados y los desafíos todavía pendientes, pero también habilita a pensar críticamente la obra aquí reseñada. En primer lugar, el florecimiento disciplinar reciente no necesariamente ha contribuido al debate entre las distintas investigaciones, salvo en torno a algunas problemáticas específicas o sujetos sociales particulares. Aún pese a las advertencias de Gramsci en torno de la inevitabilidad del acercamiento monográfico a los sectores subalternos, podría objetarse que la segmentación no contribuye al diálogo entre los historiadores ni abona a la comprensión del conjunto de las mismas, siendo ésta un escollo que el libro no logra vencer.⁴ En efecto, por momentos del relato, los negros, indios, mestizos, artesanos, peones y soldados no parecen interactuar entre sí. Las condiciones laborales y de vida similares y una cultura compartida no terminan de contrarrestar la sensación de que estas “clases populares” no son más que la aglomeración de distintos sujetos sociales. En segundo lugar, se advierten otros dos problemas —destacados por el autor también en aquel balance— que inciden parcialmente en su última publicación: la pervivencia del marco nacional, que dificulta el diálogo con la historiografía latinoamericana, por un lado; y por el otro, la falta de articulación entre los estudios previos y posteriores a 1880. Ambas cuestiones se vinculan, igualmente, a una impronta editorial.

Si en el 2005 estaba todavía pendiente el debate sobre la adecuada categorización de este objeto de estudio, esta situación tampoco parece haberse modificado sustancialmente.⁵ Mientras que en sus investigaciones sobre las primeras décadas del siglo XIX Di Meglio había utilizado los conceptos de “plebe” y “bajo pueblo”, en esta ocasión opta por “Clases populares” admitiendo que es un término “arbitrario e impreciso”. Esta decisión se fundamenta en que la misma vaguedad funciona como ventaja a la hora de referirse a grupos sociales tan distintos, en un período tan

la independencia en el Río de la Plata, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 23.

4 Ver al respecto Gramsci, Antonio: “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metodológicos”, en *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, pp. 491-493.

5 Un intento de dar esta discusión para el período posterior al aquí analizado y una crítica al concepto de sectores populares en Kabat, Marina y Sartelli, Eduardo: “¿Clase obrera o sectores populares? Aportes teóricos y empíricos para una discusión necesaria” en *Anuario del CEICS*, 2008, pp. 7 a 30.

largo y un espacio tan grande y diverso. Desde su perspectiva, lo importante de esta expresión es que recupera el aspecto relacional, la situación de subalternidad respecto de las elites (aunque no explica las razones para no usar justamente la categoría “sectores subalternos”).⁶

De todos modos, su *Historia de las clases populares* se anticipa como una obra fundamental para esta historia popular en auge y como un futuro clásico de la historiografía local. Además de brindar un excelente ejemplo de las posibilidades de divulgación desde la academia, Di Meglio propone una cuestión primordial y de enorme fertilidad, que es preguntarnos para qué se hace “historia desde abajo”. Desde su perspectiva, una historia centrada en distintos aspectos de los sectores subalternos no debe plantearse como mera reparación, sino con toda la potencialidad que tiene para aportar evidencias sobre otros problemas de la historia. Su flamante obra viene a recordarnos que “no se trata simplemente de completar una historia para incluir a todos; es mucho más que eso. Sin entender la presencia popular en la historia argentina también ella se hace incomprendible” (p. 18).

6 No es posible encontrar una alusión al respecto tampoco en otros trabajos donde desarrolla esta cuestión más detenidamente. Véase el artículo “Un nuevo actor para un nuevo escenario. La participación política de la plebe urbana de Buenos Aires en la década de la Revolución (1810-1820)”, en *Boletín Ravignani*, No. 24, 2003 y su libro *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.